



Cuadro sobre la batalla de Pavía (1525), que muestra el choque del arcabuz frente a la caballería pesada.

BICOCCA cambió las tácticas

En 1522, los arcabuceros españoles acabaron con la tradicional hegemonía de los temidos piqueros suizos

HACE quinientos años, en 1522, tuvo lugar al norte de Milán (Italia) la batalla de Bicocca. Se libró entre tropas de Carlos I de España —emperador V de Alemania— y el rey de Francia Francisco I en el contexto de la Guerra de los Cuatro Años (1521-1525).

Dicho combate, que precedería a la definitiva victoria en la también milanesa Pavía (1525), fue determinante por la aparición de una nueva táctica de combate: la concentración ordenada y continua de fuego de los arcabuceros

españoles que destrozaron rápidamente las formaciones de piqueros suizos, hasta entonces consideradas imbatibles.

Ambas batallas fueron parte de las Guerras de Italia, sucesivos conflictos —continuación de la lucha tradicional entre aragoneses y galos por el control de la península Itálica— que entre los años 1494 a 1559 enfrentaron a las coronas de España y Francia por la hegemonía en Europa.

Después de los tiempos bélicos en la época de Fernando V (*el Católico*), donde destacaron bajo las órdenes del *Gran Capitán* muchos de los jóvenes mandos

que luego protagonizarían Bicocca, y el tratado firmado en 1516 entre el citado Francisco I y un joven Carlos I en 1521, existía un precario equilibrio en Italia.

ESCENARIO PREBÉLICO

De un lado, merced a dicho acuerdo, los españoles habían conservado el reino de Nápoles y los galos vieron reconocida su conquista del ducado de Milán.

Por otro, a los cuatro años del pacto, en 1520, la rivalidad hispano-gala se encontró otra vez y más si cabe. Todo, tras la elección de Carlos I como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico,

nombramiento que también ambicionaba el francés, quien, tras perder, inició una nueva guerra favoreciendo rebeliones en los Países Bajos y Navarra, en contra de los intereses del ya emperador.

Neutralizadas estas, el heredero del Imperio centró la acción en Italia con el fin de expulsar definitivamente a los franceses de ella. Carlos I, ahora además V emperador de su nombre, en alianza con el papa León X, ordenó a sus fuerzas de Nápoles, al mando de Próspero Colonna y del marqués de Pescara, unirse a las tropas pontificias y avanzar sobre Milán.

Al tiempo, despachó desde el norte lansquenets (piqueiros alemanes) al mando de Georg von Frundsberg.

Los franceses solo contaban con el apoyo de la República de Venecia, que poco hizo por estorbar el tránsito de los germanos.

CON MILÁN, EN EL OBJETIVO

El gobernador francés de Milán, Odet de Foix, vizconde de Lautrec, tenía escasas tropas, la población en contra y, aunque recibió algunos refuerzos, no pudo evitar perder la ciudad el 22 de noviembre tras un ataque por sorpresa.

Se retiró dejando solo unos cientos de hombres en el *Castello Sforzesco*, quedando en posesión de unas pocas plazas en el Milanésado.

Francisco I quiso reactivar la lucha con nuevas tropas, especialmente, infantería suiza, caballería francesa, fuerzas venecianas y mercenarios italianos; pero evitando el enfrentamiento abierto en una gran batalla campal. Escenario que también —y sobre todo— eludió el ejército imperial de Carlos I.

No obstante, ambos bandos mantuvieron sus escarceos y cercos de plazas. Colonna se centró, sobre todo, en la defensa de Milán, esperando el ataque de

Lautrec para socorrer a la guarnición del castillo; pero los franceses atacaron Novara y Pavía a fin de atraer a los imperiales a una batalla decisiva.

El vizconde arrasó las tierras entre Milán y Monza para cortar las comunicaciones enemigas septentrionales. Ahora sí, Colonna dejó Milán y se fortificó en el lugar llamado *La Bicocca*, seis kilómetros al norte, a la espera de respuesta.

donde aún existe un pequeño palacio. Detrás de aquel y su ajardinamiento se extendía el campamento imperial, separado por una acequia.

La posición constituía una excelente defensa. A su izquierda (oeste), además de un área pantanosa difícilmente transitable, discurría un canal muy crecido por las lluvias. El frente (norte) de unos 500 metros —lugar de donde provenía el ataque principal francés— lo cerraba un camino hundido que se había inundado, una suerte de foso en cuyo interior se elevó además un parapeto de tierra.

DESPLIEGUE IMPERIAL

Tras este se situaron en una formación muy densa los arcabuceros españoles, respaldados por cuatro cuadros de piqueiros españoles y lansquenets alemanes. A ambos lados, se emplazó la artillería sobre plataformas de tierra.

A la derecha de la posición (este), transcurría el camino de Milán a Monza y, en paralelo, otra acequia prolongación de la que separaba el campamento y el parque, cruzada por dos puentecillos. Para guardar estos últimos y el conjunto de su retaguardia (sur), Colonna situó escalonadas tropas de Infantería y buena parte de su Caballería, tanto ligera como pesada.

Las tropas al servicio de Francia, al mando de Lautrec, traían en vanguardia elementos de caballería, especialmente las temidas *Bandas Negras*, mercenarios del condotiero Giovanni de Médici; y efectivos de infantería

gascones, galos, italianos y suizos, manteniéndose detrás como reserva los venecianos. A su izquierda, sobre el camino de Milán situó el grueso de su caballería, 4.000 jinetes ligeros y pesados.

La batalla comenzó con un fuerte intercambio artillero que dañó poco a los imperiales pero bastante a la caballería francesa. Esta había iniciado, seguida



De arriba a debajo y de izquierda a derecha, el rey Carlos I de España y V (emperador) de Alemania, el soberano francés Francisco I con sus respectivos jefes militares en la batalla de Bicocca y enfrentamientos previos: Próspero Colonna y el vizconde de Lautrec.

EL ENFRENTAMIENTO

El 27 de abril de 1522, las tropas galas avanzaron desde Monza hacia Bicocca. Prospero Colonna, después de consultar a sus comandantes, decidió mantenerse resguardado y a la espera del ataque en los atrincheramientos que habían preparado en el parque del palacete que se levantaba en la zona,

La batalla librada a escasos kilómetros de Milán se encuadra en las guerras francoespañolas por el dominio de Italia

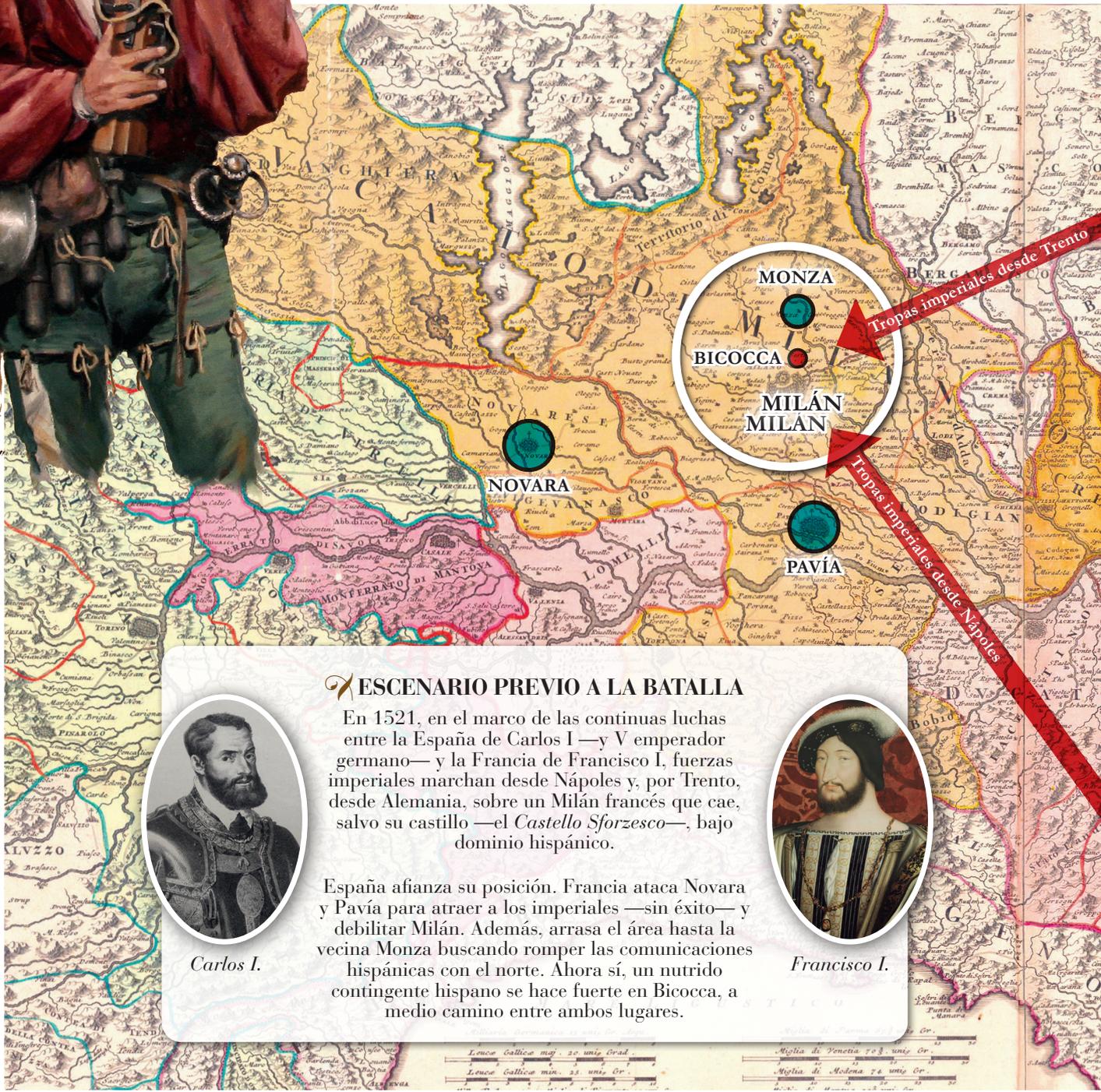
EL ÉXITO DE LA BATALLA DE BICOCCA

El fuego graneado y continuado de los arcabuceros supuso una novedad táctica que se emplearía hasta el siglo XIX

En esta singular victoria de la Monarquía Hispánica destacó el innovador empleo de sus arcabuceros. Dispuestos en cuatro filas, mantuvieron vivo el fuego de sus armas. Descargaba una, ponía rodilla a tierra para no estorbar a la siguiente que se apresuraba a disparar y repetir la acción sin dejar silencios ni tiempo a sus enemigos para recuperarse. Así, masacraron a los hasta entonces invencibles cuadros de piqueros suizos.



Arquebutero de
Cortés
Francisco I. 1519/1521



ESCENARIO PREVIO A LA BATALLA

En 1521, en el marco de las continuas luchas entre la España de Carlos I—y V emperador germano— y la Francia de Francisco I, fuerzas imperiales marchan desde Nápoles y, por Trento, desde Alemania, sobre un Milán francés que cae, salvo su castillo—el *Castello Sforzesco*—, bajo dominio hispánico.

España afianza su posición. Francia ataca Novara y Pavia para atraer a los imperiales—sin éxito— y debilitar Milán. Además, arrasa el área hasta la vecina Monza buscando romper las comunicaciones hispánicas con el norte. Ahora sí, un nutrido contingente hispano se hace fuerte en Bicocca, a medio camino entre ambos lugares.



Carlos I.



Francisco I.



Caballería



Piqueros



Lansquenets



Arcabuceros



Artillería

UNIDADES EMPLEADAS EN EL COMBATE

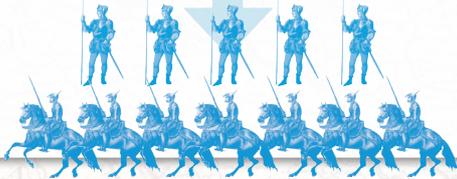
Ambos bandos contaron con caballería y piqueros. Por Francia lucharon, entre otros, piqueros suizos y las *Bandas Negras* de G. Médici. La caballería pesada gala fue muy numerosa. No fue así en el ejército del rey emperador que, sin embargo, incluyó artillería y arcabuceros, básicos en el choque. Los lansquenets eran los piqueros alemanes.



TRENTO

FRENTE PRINCIPAL DEL ATAQUE FRANCÉS

Primero, unidades de caballería avanzan para romper el cerco imperial. En segunda línea, cinco cuadros de piqueros esperan su momento.



Los jinetes galos chocan contra la organizada defensa imperial, quedan atrapados en el reforzado flanco norte de los españoles y bajo su fuego. Aún así, los piqueros avanzan. Las bajas se multiplican.



MANIOBRA ENVOLVENTE

En paralelo al primer ataque montado, el grueso de la caballería busca sorprender a la retaguardia imperial.

Camino de Monza a Milán



Palacio de La Bicocca

FRENTE PRINCIPAL DE LA DEFENSA ESPAÑOLA

Caballería, artillería, arcabuceros y piqueros (lansquenets) aguardan tras el parapeto levantado para reforzar el foso natural inundado al norte de Bicoca.



ACCIÓN DECISIVA

Las tropas imperiales frenan el ataque francés gracias a las fuerzas llegadas de Milán.



Los franceses sufren numerosas bajas y escapan perseguidos por los españoles.



Gana el primer el puente pero no superará el segundo.

Zona pantanosa



El conservado palacete de Bicocca da hoy nombre a un barrio milanés.

por zapadores, el ataque contra el flanco norte para obtener información del despliegue y las defensas de Colonna, fijar al enemigo y abrir brecha en las líneas imperiales. La salida de una compañía de caballería ligera imperial neutralizó el avance en una reñida escaramuza.

LA DEBACLE DE LOS SUIZOS

Inmediatamente detrás de la vanguardia francesa, avanzaron los cuadros de piqueros, sobre todo tres unidades de suizos. El del centro se dividió en dos columnas que se lanzaron a la carga impetuosamente, sin esperar siquiera las fuerzas de apoyo venecianas que de-

bían flanquearles. La artillería en fuego rasante causó grandes brechas en las formaciones que, sin embargo, no se detuvieron compitiendo incluso entre sí para llegar los primeros.

Alzando ya las posiciones imperiales se encontraron, sin embargo, con dos grandes sorpresas que les detuvieron en seco. Primero, se toparon con el camino convertido en foso que les separaba del parque de La Bicocca. Y tras él, recibiendo con una demoledora descarga cerrada, la arcabucería española.

La sorpresa y el efecto fueron aún más intensos por la puesta en práctica de una nueva táctica que permitía un

fuego graneado continuado y que sería habitual hasta el siglo XIX.

El jefe de las tropas españolas, el napolitano Fernando de Ávalos, V marqués de Pescara, había ordenado a sus arcabuceros formar en cuatro filas. Una vez que la primera había disparado hincaba la rodilla en tierra y recargaba, mientras la segunda, de pie, abría fuego.

La maniobra se repetía con la tercera y cuarta líneas. Cuando había disparado la última volvían a alzarse los arcabuceros de la primera fila y comenzaba de nuevo la secuencia.

Una de las dos columnas helvéticas quedó totalmente deshecha en el foso. La segunda, a pesar de ser muy castigada, logró pasar el camino hundido y ascender por el parapeto hasta chocar con los lansquenets imperiales.

Piqueros helvéticos y alemanes se odiaban mortalmente. Tras un duelo encarnizado entre los jefes de ambas fuerzas, en el que resultó muerto el suizo Steir, sus tropas escaparon en desbandada perseguidos por unidades españolas.

Mélici cargó contra los imperiales para proteger la retirada de los suizos, causándoles daño hasta que Colonna ordenó un rápido contraataque de la caballería que forzó la retirada de las *Bandas Negras* y del conjunto del ejército galo pasadas las dos horas de batalla. La reserva veneciana nunca entró en combate ni hizo nada por amparar a sus aliados.

Un «chollo» de victoria

BIEN sabido es que tanto la terminología como la historia militar y la geografía asociada a ella han aportado numerosos vocablos y expresiones no solo a la Lengua castellana sino a otras varias. Lo curioso es cómo la palabra puede tener una acepción diferente en uno u otro idioma, según el resultado de la lid para cada contendiente. Este es el caso de la batalla que nos ocupa.

Bicocca era una zona de prados, a unos seis kilómetros al noreste de la ciudad de Milán. De hecho, hoy en día, engullida por el crecimiento de dicha capital italiana, esta forma un estiloso barrio universitario y artístico milanés.

El lugar estaba situado entre una área pantanosa y el camino que discurría entre Milán y Monza. Allí, la familia milanesa Arcimboldo construyó en el siglo XV un palacete renacentista de veraneo, al que llamaron, con cierta ironía, *La Bicocca*.

De origen etimológico incierto, quizá del italiano medieval, la palabra designaba una pequeña fortificación de una altura o una casucha humilde y deshechurada.

La palabra sigue teniendo estos dos últimos significados, tanto en italiano como en francés. En concreto y en este último idioma, «bicoque» se define —según el diccionario del *Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales*— como «pequeña población o fortificación cuya defensa resulta precaria» y «pequeña casa de pésimo aspecto, sin atractivo ni comodidad».

La primera acepción, la de «fortificación pequeña y de poca defensa», también existe en el *Diccionario de la Real Academia Española*, aunque está en desuso al igual que la de «cosa de poca estima y aprecio».

Sin embargo, la victoria militar de 1522 dejó en castellano un significado coloquial de la palabra «bicocca» plenamente vigente: «Cosa que se considera buena y que se consigue por poco dinero o con poco esfuerzo», además de «situación ventajosa o favorable». Dicho con otro término, asimismo, reconocido por la RAE: un «chollo».

CONTRA LA RETAGUARDIA

A pesar de la espectacular victoria parcial, los imperiales también pudieron haber perdido la batalla debido a una acción al sur de sus posiciones.

Simultáneamente al primer ataque de la caballería en el flanco norte, Lautrec mandó el grueso de sus jinetes, al mando de su hermano Thomas de Foix-Lescun, por el camino de Milán para intentar envolver por el sur a las tropas carolinas.

El plan era apoderarse de dos puentecillos sobre unas acequias habidas en el lugar y atacar por la espalda a los defensores de La Bicocca. La primera parte tuvo éxito: rompieron la defensa de caballos e infantes españoles, tomaron el primer puente, el paralelo al camino, y se lanzaron al saqueo del bagaje imperial. El grueso de la batalla se trasladó entonces al paso situado entre el campamento y las posiciones hispanas.

Aquí tuvo lugar la acción clave. Se desarrolló un combate muy reñido entre caballería e infantería de ambos bandos, estando mandada la imperial por el navarro Antonio de Leiva, quien llegaría a ser uno de los mejores capitanes de los Tercios españoles. Colonna desplazó incluso algunas piezas de artillería ligeras para reforzar la posición.

La ocasión se frustró definitivamente para los franceses al llegar, desde Milán, tropas de refuerzo al mando del duque Francesco Sforza. Les-cun —quien resultó gravemente herido en la cara— lideró una heroica resistencia, pero, al final, tubo de huir con bastantes bajas.

DETERMINANTE

Aunque mucho menos conocida que la posterior batalla de Pavía, de la que fue preámbulo, Bicocca fue una victoria, sino decisiva, sí ilustrativa.

Estrenó, sobre todo, una gran innovación táctica. Se probó que los hasta entonces considerados invencibles cuadros de alabarderos suizos y la caballería pesada francesa resultaban vulnerables ante una saturación de fuegos de arcabucería y artillería, máxime, cuando el sistema de relevo de líneas de los primeros permitía una alta y continuada cadencia de disparo.

Tal cambio, que se perfeccionó con la combinación de piqueros y arcabuceros, encumbró definitivamente a los Tercios españoles como las mejores tropas de su tiempo.

Sin embargo y a pesar de sus demostradas ventajas, el sistema no fue apreciado por Francisco I, que insistió en las tácticas clásicas, avocándose a la definitiva derrota de Pavía tres años después de Bicocca.

¿Cuántas bajas se produjeron en Bicocca? Este dato es tan incierto como el del número preciso de soldados que participaron en ella. Atendiendo a las tropas convocadas galas, suizas, venecianas y del resto de Italia, parece que los franceses pudieron prever una fuerza de entre 19.000 y más de 30.000 hombres.

Por su parte, Próspero Colonna, al mando de las tropas imperiales —alemanas, pontificias, milanesas, napolitanas y españolas—, pudo

reunir unos 18.000 hombres. No obstante, da la sensación de que en el combate no se enfrentaron más allá de unos 16.000 soldados por cada bando.

Respecto a las bajas, habla el mito habitualmente de más de tres mil suizos muertos, incluida una veintena de capitanes, por uno solo imperial, y este a causa de la cox de una mula. Este parece ser el balance puntual del significati-

vo choque entre los piqueros helvéticos y los arcabuceros españoles.

En cualquier caso, los combates secundarios tanto en el flanco norte como en la retaguardia fueron muy cruentos y debieron dejar buen número de bajas adicionales en ambos bandos. Así, por ejemplo, entre las tropas de Carlos I consta la muerte del capitán Ginés en la persecución de los suizos o la del conde de Golizziano en el primer puente.

Otro factor llamativo, muy de la época, fue el de la indisciplina entre los mercenarios preferentemente interesados en el dinero y el botín.

Parece ser que los suizos, a quienes se debían varias pagas, forzaron a Lautrec a precipitar el ataque que a la postre sería tan funesto para ellos. Luego se descubrió en París que, los 400.000 escudos destinados a pagarles, se habían «perdido» por tejemanejes en la corte y que nunca llegaron a Italia.

Por parte imperial, se cuenta que los lansquenets se negaron a perseguir a los suizos huyendo en desbandada en contra de las ordenes de Pescara y hasta que no se les pagaran el doble de tres sueldos debidos.

CONSECUENCIAS

La derrota francesa supuso la práctica salida de los galos del Milanesado. Los suizos regresaron a sus cantones muy desmoralizados y gran parte de las restantes tropas de Lautrec se refugiaron en territorio véneto. Los venecianos, bajo el mando del nuevo dogo Andrea Gritti, decidieron no continuar la guerra y firmaron en julio de 1523 un tratado de paz con el emperador Carlos.

Muy poco después de la victoria de Bicocca, todavía en el año 1522, Colonna asedió y tomó Génova. Como consecuencia, los franceses evacuaron los escasos defensores que aún quedaban en el *Castello Sforzesco* milanés y retiraron las fuerzas destinadas en el norte de Italia.

Francisco I intentó contraatacar, pero, finalmente, derrotado y capturado en Pavía, se vio obligado a firmar el Tratado de Madrid (enero de 1526). Así, Italia quedaba casi definitivamente en manos españolas.

Alfredo Florensa



Arriba, dibujo de un montante español, nombre que aludía al espadón en que apoya su mano derecha. Debajo, ejemplo de caballería pesada de la época.



Ferrer-Dalmau

H. Burgkmair (BNE)